

Pomilio Pompos



# Pompilio Pompas

*Por*

E. HUGH SHERWOOD

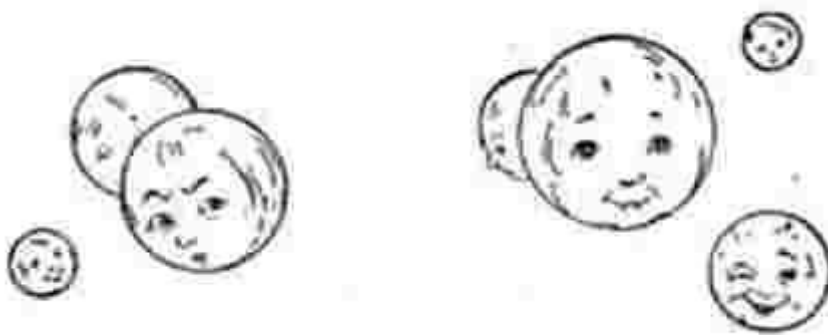
*y*

MAUD GRIDLEY BUDLONG

*Dibujos de*

*E. HUGH SHERWOOD*

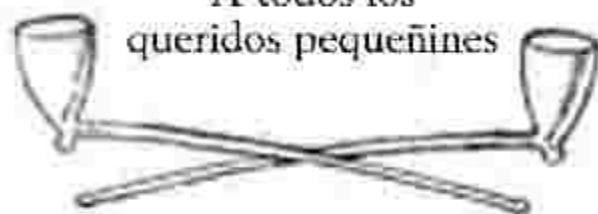
© Traducción de Armando Ibarra R.



Ediciones Taller de Versería  
Cali



A todos los  
queridos pequeñines



Sopladores de pompas



La burbuja crecía y crecía...

Pompilio Pompas fue el más extraordinario soplador de pompas que jamás existió. No es que su apellido fuera Pompas o que su familia estuviera en el negocio de la fabricación de tubitos para soplar pompas. Tal vez el apellido de los Herrera se originó en que su tata tata tata abuelo fue un herrero y probablemente el origen del apellido Fernández fue que hace mucho tiempo un hombre llamado Fernando le dio ese apellido a su hijo; pero Pompilio Pompas no tomó su apellido de nadie. Él mismo se lo puso porque fue famoso y esta es su historia.

Un día Pompilio, Beatriz y Guillo estaban afuera en el jardín soplando pompas. Los tres hacían pompas grandes y pequeñas hasta que anocheció y fue hora de ir a tomar leche con galletas.

—Puedo soplar la pompa más grande que nadie haya hecho hoy —dijo Guillo y sopló una pompa del tamaño de una manzana.

—Puedo hacerla más grande —dijo Beatriz y sopló una pompa del tamaño de una pelota.

—Voy a hacerla todavía más grande —dijo Pompilio que sopló y sopló una pompa que creció y creció del tamaño de una calabaza, del tamaño de las bolas de nieve que enrollaban en el patio en navidad.

La sorprendente pompa no dejó de crecer, por el contrario, cada vez era más grande. Pompilio sopló y sopló con más fuerza y la brillante pompa siguió creciendo y creciendo.

Entonces —¡maravilla de maravillas!—, la pompa inmensa y reluciente, brillando con todos los colores del arco iris, calentada por el aire soleado, de pronto se agrandó, saltó sobre Pompilio y se lo tragó: tubito para soplar pompas, mano, brazo y resto del cuerpo.

Después, la pompa comenzó a elevarse con lentitud llevando dentro al sorprendido Pompilio y liviana como una pluma, flotó suavemente sobre del jardín, atravesando

el delicado aire del verano.

«¡Pobre de mí!» —pensó Pompilio—, mientras miraba hacia abajo a través de lo que parecían paredes de cristal resplandeciente. «¡Pobre de mí! Ese no parece el jardín en el que Beatriz, Guillo y yo hacíamos pompas de jabón. No,



ese sitio pintado con los colores del arco iris es igualito al país de las hadas de los libros de cuentos. ¿Será que ahora —se preguntó— estaré navegado hacia el país de las hadas?».

Apenas se preguntaba por lo que iba a suceder después, llegó una ráfaga de viento. ¡Qué forma de soplar! La pompa comenzó a navegar con Pompilio dentro.

Pasaron sobre los árboles, hacia arriba, a las nubes. Pompilio miró hacia abajo y vio que su casa se volvía cada vez más pequeña. Muy pronto, todo el pueblo no era más que una manchita oscura.

De pronto, sonó un graznido como la corneta de un automóvil. ¡Después Otro! ¡Y otro!

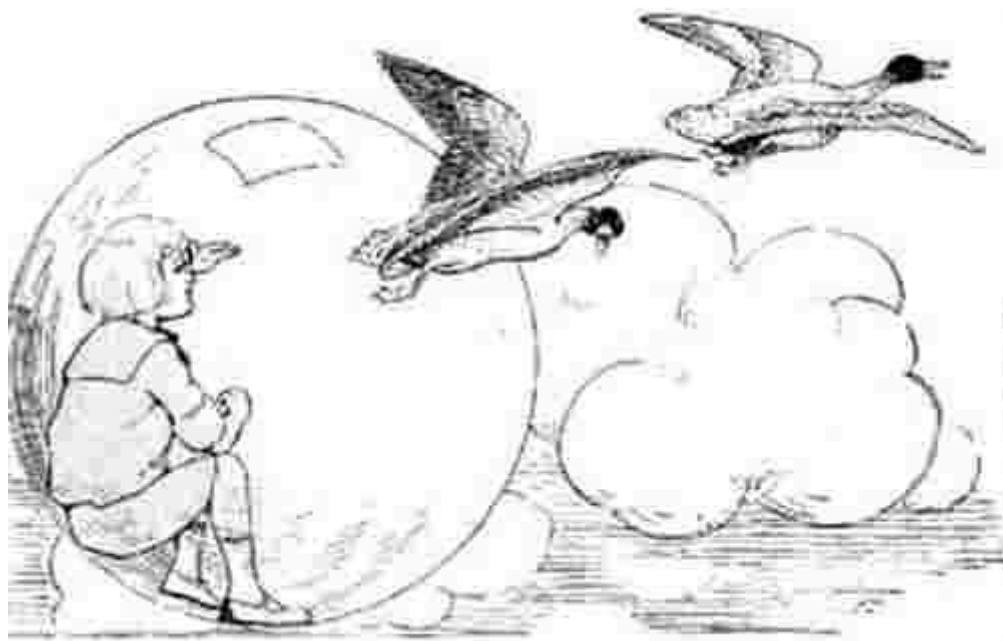
«¡Por piedad! —pensó Pompilio—. ¿Es que acá arriba hay automóviles?». Miró a los lados de las suaves curvas de su frágil aeronave, pero no había modo de voltearla para poder ver lo que venía por detrás. Era una bandada de gansos.

¡Volvió a sonar la corneta de auto! ¡Otra vez! ¡Una vez más!

—¡No puedo! —gritó Pompilio—. Me apartaría del



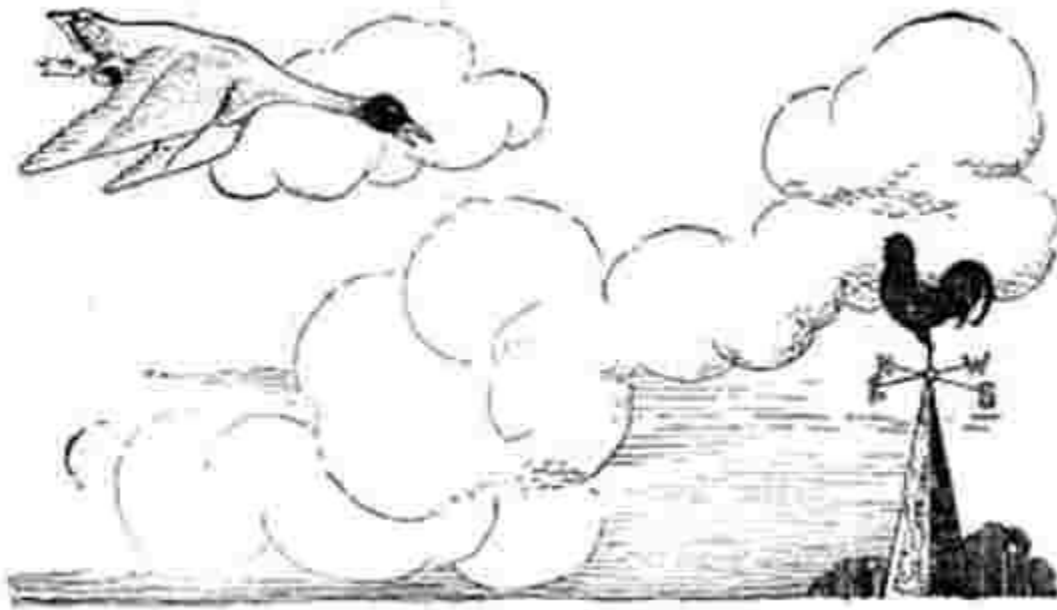
El ganso que los guiaba tocó la corneta...



camino si pudiera, pero...

A estas alturas ya se las había arreglado para mecerse, dar vuelta a la burbuja y poder ver lo que había detrás. En efecto, era una bandada de gansos.

El ganso que los guiaba volvió a tocar la corneta una y otra vez. Parecía ir a toda velocidad en dirección de la pompa.



—Me apartaría del camino si pudiera —repitió Pompilio.

—Por supuesto, por supuesto —el ganso le interrumpió bruscamente—, pero no necesitas hacerlo. ¿No crees que ya hemos realizado este viaje lo suficiente para no estrellarnos con las cosas?

—Entonces, ¿por qué tocan las cornetas? —les dijo

Pompilio, mientras el ganso batía sus inmensas alas apenas a un pelo de distancia de la pompa.

—¿Para qué tener una corneta si no es para usarla? —le contestó el ganso, dando una vuelta y estirando el cuello sobre el ala. En un instante, casi toda la bandada le había pasado rozando y continuaban tocando las cornetas a lo lejos, aunque Pompilio ya los había perdido de vista.

—¿Por qué siguen tocando las cornetas? —le gritó a un ganso anciano que se había rezagado.

—Al gallo de la veleta —le contestó el ganso—. Es mejor que vaya con cuidado, sólo faltan tres kilómetros —agregó y se alejó tocando la corneta tras el resto.

Hacia lo alto, remontó el vuelo la pompa, y Pompilio pronto vio que las nubes formaban una carretera larga y llena de curvas bordeada por casitas, establos y molinos de viento. Las vaquitas pastaban sobre nubes de algodón rosado que parecían una pradera de tréboles blancos y rosa.



Pompilio estiró las manos...

Y aunque suene extraño, lo que parecían estrellas en realidad eran unas flores llamadas ‘botones de oro’.

No pasó mucho tiempo antes de que Pompilio se acercara a un llamativo campesino que ordeñaba una vaca.

—Señor, por favor —Pompilio se dirigió a él—, ¿me podría decir en qué país estamos?

El campesino se volteó tan sorprendido que un chorro de leche siguió su mirada y fue a dar contra un costado de la pompa. Pompilio levantó las manos porque tenía sed. Pero la burbuja era como un gran vidrio y Pompilio estaba dentro y la leche afuera así que ni una gota podía atravesarla.

—¡Ah! ¡Caramba! —dijo Pompilio con desagrado—. Ni siquiera a los peces los ponemos en artefactos tan tacaños. ¡Por lo menos dejamos un agujero encima para poder alimentarlos!

—¿Eh? ¿Qué pasa? No puedo escucharte —dijo el



El séquito de su majestad, el rey de la Luna.

campesino con voz chillona.

—¡Ha! —dijo Pompilio—. Te pregunté que en qué país estamos.

—La Vía Láctea —le contestó el campesino—. Aquí es donde se fabrica queso y mantequilla para su radiante majestad el rey de la Luna. Soy el Jefe de Asistentes de Queso —añadió con orgullo.

¡Majestad! ¿Era el hombre alegre de la luna, que tantas veces le había guiñado el ojo, un rey? Desde la altura, no parecía comportarse con solemnidad.

«Debe estar emparentado con el antiguo rey escocés que siempre vivía alegre», pensó Pompilio. Pero antes de que pudiera preguntarle, el campesino saltó con tanta prisa que volteó el cubo de ordeñar, el cual rodó peligrosamente cerca de la pompa.

—¡Hora de atender a su majestad! —gritó y se abalanzó dentro de la casa por su vestido de cortesano.



—Síguenos —le dijo el campesino.

Un instante después apareció luciendo una peluca y una barbita de chivo, además cargaba un enorme queso en una bandeja de oro. Le seguía una hermosa lecherita con un vaso de leche descremada.



—Síguenos —le increpó el campesino a Pompilio y la pompa fue tras ellos dando saltos. Pompilio se rezagó y cuando alcanzó la puerta del gran salón vio que ambos estaban parados frente al trono del rey de la Luna que los iluminaba. Pompilio se preguntó por lo que debería hacer cuando

estuviera frente al rey, pero en ese preciso momento el viento empujó la pompa que comenzó nuevamente a navegar con suavidad.

—Bueno, todo esto es muy extraño —dijo Pompilio.

De todos modos, descubrí que era mentira todo eso de que la luna era un queso verde.



En ese preciso momento el rey de Marte estaba tomando su potente catalejo y comenzaba a explorar el cielo para encontrar señales de la próxima guerra. El rey de Marte era un viejo cascarrabias y nada le daba más placer que causar problemas. De hecho, era una de esas personas que siempre hacen que todo resulte desagradable, mientras que por lo menos la mitad de las veces no quieren hacerlo. Hasta en la corte, donde siempre quería agradar a todos, su esposa tenía que pisarle los dedos de los pies —bajo el

vestido real, por supuesto— para recordarle que fuera amable. Por cierto, tanto le había pisado los pies que siempre tenía un pie vendado.

Ahora que el rey inspeccionaba el espacio, todo tenía una apariencia apacible y aburrida: los botones de oro, los prados aterciopelados de la Vía Láctea y el mar azul calmado del cielo. Todo estaba en silencio, como todos los días.

Después de unos minutos, mientras continuaba mirando el cielo, el rey descubrió una pequeña esfera luminosa navegando alto en el aire. ¿Qué podría ser? Tal vez un planeta nuevo. Entonces, envió a un mensajero para que le trajera a la mayor brevedad mapas y cartas de navegación, pero no pudo encontrar ni la más mínima clave de tal mundo de hadas. Estaba a punto de proclamarse como el descubridor de un nuevo cuerpo celeste y mandar llamar a su ejército para conquistar a sus habitantes cuando otra mirada con su catalejo le mostró que la pequeña esfera solamente tenía un habitante ¡y el único ocupante era un



Pompilio rodeado por cientos de hombrecitos alados.

niñito!

Sin embargo, podría resultar que hasta ese pequeñín fuera un espía de tierras peligrosas y remotas, entonces hizo llamar a sus soldados y les ordenó que capturaran al forastero.

Los soldados obedecieron de inmediato y en un instante cientos de pequeños hombres alados rodearon a



Pompilio. Tenían cabezas enormes y extrañas; pero por fortuna, cuando vieron a Pompilio y su ‘planetica’ endeble pensaron que se trataba de un chiste y se les olvidó por completo poner cara de guerreros. Sin embargo, se apoderaron de la burbuja y en un abrir y cerrar de ojos Pompilio flotaba sobre un edificio inmenso que le recordaba las fotos del Parlamento o la terminal de autobuses, no podía recordar cuál. De todos modos, el edificio era muy grande y alto.

La desilusión del rey al ver que había descubierto un planeta pequeñito fue muy grande; sin embargo, le ordenó a Pompilio que se rindiera y le jurara lealtad.

Por supuesto que a Pompilio le hubiera encantado salir de la burbuja en ese momento, si la rendición significara poder ir a casa, pero no le gustó mucho la forma en que el rey de Marte lo miraba. De todos modos, como sabemos, era completamente imposible que saliera de la pompa.

—No puedo salir, su Majestad —dijo— y además, me

tienen prohibido jurar, así que de nada serviría que saliera porque no podría jurarle lealtad.

—¡Cómo que no! —gritó el rey en medio de su enorme enojo—. ¡Cómo que no! ¿Acaso no conquisté tu planeta y eres mi prisionero?

—No, su majestad —contestó Pompilio, asustado de ver al rey tan furioso—. No ha conquistado ningún planeta. No creerá que esta pompa diminuta es un planeta, ¿verdad? No es más que jabón, agua y aire. Mi madre dice que las pompas son globos de hadas. Aunque no tengo ni idea de cómo creció tanto y salió a navegar conmigo adentro.

—¿De verdad es pura agua? Bien. Entonces, ¿por qué no dices ‘correr’? Debes decir ‘correr’ en lugar de ‘navegar’. El agua no navega, el agua corre —gritó el rey—. Tu español es deficiente. Todo este enredo lo debe resolver un tribunal naval. Almirante, ábrale un agujero a la pompa de agua para que el prisionero no pueda escapar y poner sobre aviso al enemigo. Pero tengan cuidado de que



Pompilio estaba a punto de llorar...

la pompa de agua no naufrague. Nos servirá de modelo para la nueva flota.

¡Pobre del pequeño Pompilio! Una vez había pinchado una pompa de jabón con un alfiler y recordaba lo rápido que se había desintegrado y convertido en una manchita de aguajabón. ¿Si le abrían un agujero a la pompa, cómo haría para regresar a casa?

La extraña guardia especial del rey se abalanzó con su lanza para pinchar la pompa y Pompilio estaba a punto de llorar, cuando se escuchó el tintineo de una voz. Al mirar hacia arriba vio que frente al rey se había parado la más hermosa de las hadas. No había duda de que debía ser la reina de la hadas. A Pompilio le parecía conocida, había visto su dibujo muchas veces en los libros ilustrados que tenía en casa.

—Vuestra Majestad —dijo—, el niño no es ningún enemigo. Su mamá tenía razón: eso que confundiste con un planeta es ciertamente una pompa encantada. A pesar de



¿No vas a permitir que se vaya?

que no lo sabe, va camino de la Tierra de las Flores por pedido especial de las hadas. ¿No le vas a permitir que vaya?

El rey de Marte que siempre había conocido el poder de las hadas, por regla general atendía sus pedidos; pero lo ponía tan furioso pensar que había cometido semejante error de confundir a la pompa encantada con un nuevo planeta que gritó: —¡No! ¡No permitiré que se vaya! Arréstenlo. Arréstenlo. Arre...

Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, una multitud de hadas soldados, en medio de un gran zumbido, le cayó encima. Era tal la forma en que le clavaban al pobre rey a diestra y siniestra sus pequeños sables y bayonetas, que gritaba de dolor y rabia. El rey bajó del trono —olvidando por completo el pie que tenía vendado— y corrió huyendo hacia la puerta del palacio. Entonces las hadas soldados cayeron sobre el extraño y diminuto almirante del rey y sobre toda su tropa y los hicieron correr en busca de refugio. Las hadas soldados los siguieron con mucha



Se bajó del trono y huyó.

velocidad y cuando pasaron cerca a Pompilio, para su sorpresa ¡se dio cuenta de que eran un enjambre de abejas!

La pompa comenzó a elevarse de nuevo. Cuando se elevaba, Pompilio pudo ver a través de la ventana cómo el rey y sus hombres corrían como locos alrededor del patio del palacio. ¡Caramba! ¡Cómo estaban de furiosos y cómo les ardían los brazos y las piernas donde las hadas soldados les habían clavado los agujones!

El hada llamó a sus soldados y en un instante todos se alejaron navegando

La diminuta hada llevó a Pompilio hacia la Tierra de las Flores que era un lugar en el que el paisaje alegraba el corazón. Hasta donde la vista alcanzaba, se extendían plantaciones de brillantes tulipanes y aguileñas que se mecían. Había flores altísimas que Pompilio no sabría nombrar y parrales de largas colas. Las abejas y las mariposas, medio ocultas entre las flores, se convertían en trozos brillantes que revoloteaban por todas partes.



Un grupo de hadas sonrientes brilló entre las flores...

Hermosas libélulas se lanzaban de un lado a otro y Pompilio podía estuchar el leve zumbido de las alas de los colibríes, a pesar de que lo único que podía ver era un relámpago verde dorado cuando se lanzaban de flor en flor. El aroma del aire era dulce. Cuando Pompilio estaba concentrado contemplando tanta maravilla, de repente surgió de entre las flores una bandada de hadas sonrientes.

Eran siete, vestidas con los siete colores del arco iris. Cuando las gotas de rocío caían desde las flores sobre sus alas, destellaban como diamantes bajo el sol.

Medio volando, medio bailando, daban vueltas alrededor de Pompilio y el hada reina, y los guiaron hasta una pequeña enramada en la que sobresalían las enredaderas. En la mitad había un hongo inmenso arreglado como una mesa y a su alrededor había hongos más pequeños como sillas. Sobre la mesa había servido un banquete espléndido. Había miel en unos vasos exquisitos confeccionados con flores en medio de la comida más deliciosa que Pompilio jamás hubiera visto. Mariposas de



Medio volando, medio bailando, daban vueltas alrededor de Pompilio.



alas de colores vivos con bandejas acolchonadas con azucenas y abejitas mayordomo vestidas con elegantes chalecos rallados revoloteaban sirviendo el banquete.

Cuando Pompilio y la reina se acercaron a la mesa, llegaron a la enramada cinco duendecillos dando salticos.

—Estos son mis leales ayudantes, Pompilio —dijo la reina—: los duendecillos de la mano derecha. Pulgar, ¿cómo te fue hoy?

—La pasé de maravilla, su Majestad —contestó un duende que tenía un vestido ajustado y a medida que hablaba hacía una rápida venia hacia atrás, dirigiéndose a todo el mundo con una pose muy acartonada.

—¿Y a ti cómo te fue, Índice? —preguntó la reina.

—Igualmente, su Majestad —contestó el duende que estaba al lado de Pulgar, y a medida que hablaba hizo la más curiosa de las venias con todo el cuerpo doblado sobre los tobillos, de tal modo que parecía un dedo que señalara, derecho y serio.

—¿Y tú, Corazón? —preguntó el hada reina, dirigiéndose al más alto de los cinco.

—De lo mejor, su Majestad —le respondió Corazón. Era tan alto y tan circunspecto que le costaba dificultad hacer la venia.

—El siguiente es Anular —dijo la reina. El cuarto duendecillo hizo una venia muy cortés doblando la cintura, como hacen los caballeros



educados, en los bailes.

—De maravilla, su Majestad —agregó.

—¿Y cómo te fue hoy, Meñique? —dijo la reina, dirigiéndose al más pequeño de los duendes.

—Fue un día hermoso, su Majestad —le contestó y realizó una pequeña reverencia, doblándose de tal modo que su pelo tocó el suelo.

—Ah, entonces —dijo la reina—, vamos a disfrutar del banquete.

En el acto todos se reunieron alrededor de la mesa y las abejas y las mariposas comenzaron a servirles a todos, menos a Pompilio; aislado en su pompa todavía tan lisa como el vidrio. Aún recordaba cuando había intentado tomar un trago en la Vía Láctea y miró a la reina como preguntándole. Ella le devolvió la mirada y le dijo:

—No puedes salir de la pompa encantada, Pompilio, a



Pompilio pidió una delicia tras otra...

no ser que quieras quedarte con nosotros cien años. Solamente, lo único que tienes que hacer es desear cualquier cosa que quieras comer y lo que sea lo encontrarás en la mano.

Así que Pompilio pidió una delicia tras otra y cada una sabía mejor que la anterior. Cuando el sol se ocultó, las luciérnagas entraron en la enramada bailando y la iluminaron con sus pequeñas luces hasta que la luna cubrió con su tenue luz blanca toda la tierra. En ese momento





terminó el banquete de las hadas y la reina se levantó de la mesa.

—Ahora, a divertimos —le dijo a Pompilio.

A medida que los duendes de la mano derecha les daban vueltas los guió al lugar donde todas las hadas de la Tierra de la Flores danzaban sobre el prado. Por supuesto que Pompilio, encerrado en la pompa, no podía bailar, pero estaba tan interesado mirando las figuras graciosas y las acrobacias peligrosas de las hadas que nunca se le ocurrió bailar. Cuando cantó el gallo y las hadas de pronto se deslizaron para ocultarse entre las flores, no podía creer que

ya era de día. La pompa flotó de regreso a la enramada y Pompilio durmió hasta que el sol estaba alto en el cielo matinal. Entonces el hada reina lo despertó para que viera que las Hadas del Arco Iris estaban afuera sentadas en mariposas brillantes enganchadas a una telaraña.

—Hoy visitarás el Arco Iris —dijo la reina.

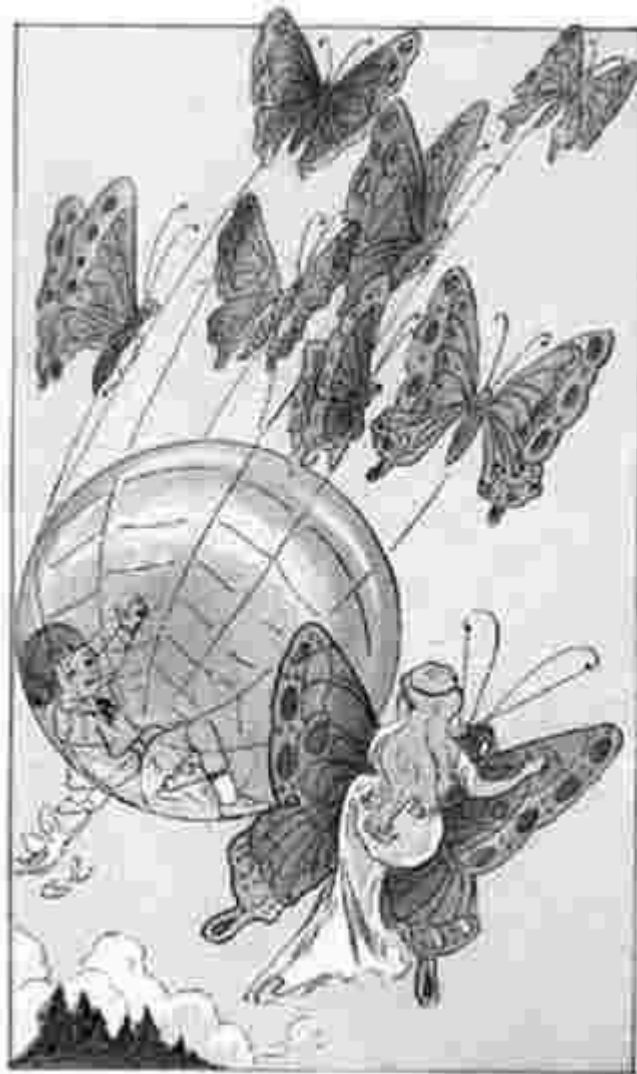
—¿Veré la olla de oro? —preguntó Pompilio.

—Sí —le contestó el hada—, y los innumerables tesoros que allí custodia el duende del Arco Iris.

Entonces las hadas de Arco Iris se desmontaron de las mariposas y lanzaron las cuerdas de seda de telaraña sobre la pompa.

La reina de las hadas se montó en su mariposa dorada y todos se alejaron volando.

No habían recorrido un gran trecho cuando se encontraron a los cuatro pequeños céfiros retozando en el



Se alejaron volando...

aire, quienes inclinaron la cabeza arriba y abajo tres veces en señal de respeto a la reina de las hadas, aunque todo el tiempo miraban por el rabillo del ojo a Pompilio.

—Pompilio, estos son los céfiros —dijo el hada—, son hijos de los cuatro vientos. —Dirigiéndose a ellos, añadió:— ¿Tal vez conocéis a Pompilio?

Pompilio estaba seguro de que nunca antes había visto a los céfiros, sin embargo ellos si parecían conocerle.

—¿Será que puede quedarse a jugar con nosotros? —gritó el céfiro del Poniente. Pero en ese momento apareció un enorme dirigible y los cuatro pequeños céfiros salieron disparados.

Dentro había cuatro personas de aspecto extraño. Pompilio pensó que deberían ser piratas del cielo hasta que el hada se los presentó como ¡los cuatro vientos! Le causó curiosidad cómo esos padres de aspecto tan aterrador pudieron tener unos hijitos tan simpáticos.



—Pompilio ha sido mi huésped desde ayer y ahora vamos camino del Arco Iris —el hada les explicó.

—Nosotros también vamos al Arco Iris —dijo el viento del Norte y su aliento era tan helado que las mariposas corcel se acurrucaron temblando de frío.

—Deja que nosotros llevemos a Pompilio, Majestad —dijo el viento del Oeste y le hizo un tremendo y amigable guiño a Pompilio. —Deberías dar un paseo en

nuestro dirigible nuevo, ¡es magnífico!

A Pompilio le habría gustado ir con los pequeños céfiros en vez de sus padres, pero no quiso ofender al viento del Oeste, entonces le dijo: —Me encantaría ir con ustedes, pero preferiría viajar en mi propio globo, por favor.

—Muy bien —dijo el hada—. La vas a pasar de maravilla, los dejo. ¡Que se diviertan! —y diciendo esto les dijo adiós con la mano y regresó volando a la Tierra de las Flores con su séquito de mariposas.

La pompa flotaba al lado del dirigible. Los cuatro Vientos hacían tal alboroto con su charla inacabable y continuas risas que con toda seguridad la pompa se habría hecho trizas si no fuera porque era una burbuja encantada en lugar de una pompa común y corriente. A medida que el viaje transcurría, los hermanos comenzaron a planear lo que harían para distraer a Pompilio después que salieran del Arco Iris.

—Bajaremos a la Tierra —dijo el viento del Oeste. —



Pompilio estaba seguro que nunca antes había visto a los céfiros.



«¡Que se diviertan!»

¡Allí si hay diversión! Haré volar el sombrero de un hombre para que lo persiga y echaré a volar alguna prenda que se esté secando en una cuerda para que un perro la coja y...

—Y haré llover —le interrumpió el viento del Este— y haré que una sombrilla se doble hacia afuera y desbarataré un letrero y un velero y...

—Eso es juego de niños —dijo el viento del Norte en un tono helado. —Debes venir conmigo, Pompilio. Te mostraré un oso polar montado en un témpano, entonces soplaremos sobre el témpano para que se estrelle contra un barco y...



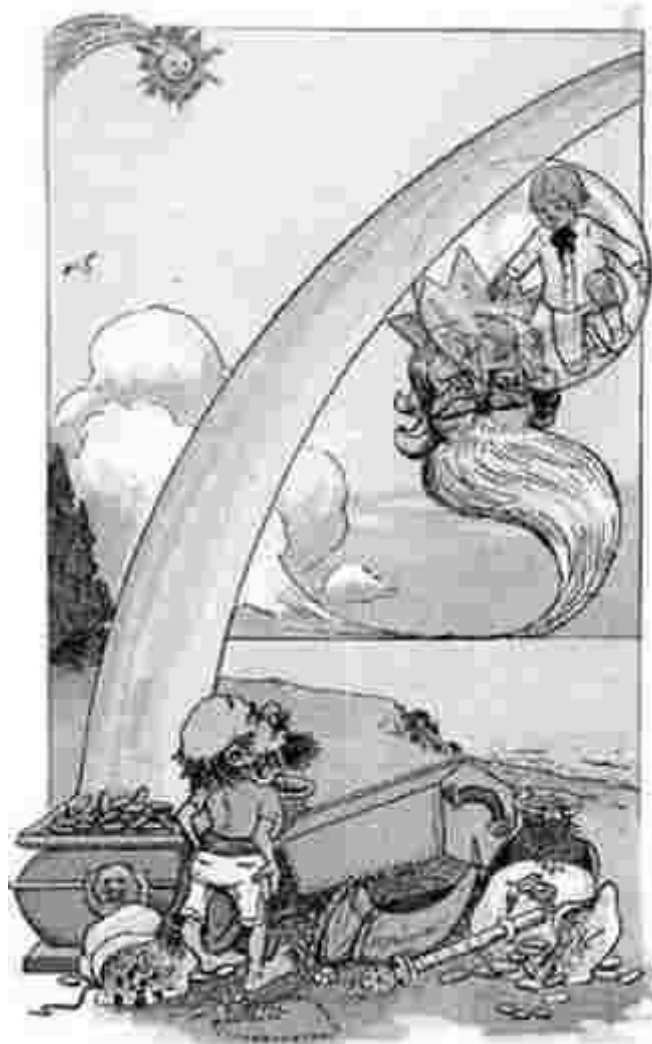
Pompilio comenzó a asustarse. No estaba de acuerdo que fuera divertido. Estaba deseando no haberse ido nunca con los vientos cuando escuchó tras de sí un gran alboroto cuando el padre, el anciano rey Eolo en persona, llegó soplando.

—Ya veo, pequeños pillos —gritó con voz estruendosa—. ¿Qué son todos estos disparates? ¿Qué hacéis? Ustedes no van a ningún lado sino a casa, derecho a casa.

—Lo sentimos, señor —dijo el viento del Oeste con descaro—, pero le dijimos a la reina de la hadas que llevaríamos a su amigo Pompilio al Arco Iris.

—Yo mismo lo llevaré —dijo el anciano rey. — Precisamente para eso estoy aquí.

Entonces, los cuatro vientos tuvieron que despedirse de Pompilio y regresar a casa; y la verdad, tampoco es que a Pompilio le entristeciera verlos alejarse.



El duende estaba parado al final del Arco

—Mis mensajeros, los gansos, me contaron ayer que habías subido hasta aquí —dijo el anciano rey—. Desde entonces he estado pendiente de ti. Temía que te encontraras con mis pilluelos. Son buenos muchachos —añadió, sin detenerse a pensar que los acababa de llamar pillos—. Buenos muchachos, aunque jóvenes.

—¡Ah! —dijo Pompilio.

Entonces el anciano rey Eolo y Pompilio viajaron juntos hasta llegar a un enorme y reluciente arco multicolor.



En la base del arco estaba de pie el duende del Arco Iris al lado de una olla llena de oro. Amontonados a su alrededor había talegos de monedas y joyas, cofres de plata y maravillosas jarras y cuernos de metales preciosos. Su esplendor encandilaba los ojos.

—¡Salud! —gritó el duende.

—¡Buenos días! —respondió el rey Eolo—, con este clima no hay salud.



Sin embargo, el Duende del Arco Iris no pareció percatarse de que se trataba de una broma y permaneció tan serio como un búho.

—¿Viste a mis hijas? —le preguntó a Pompilio, tan súbitamente que el pobre Pompilio apenas pudo dar un grito de asombro.

—¿Viste a mis hijas en la Tierra de las Flores? —le volvió a preguntar.

—Ah, las hadas del Arco Iris —contestó Pompilio—. Si; pero ¿por qué viven en la Tierra de las Flores? ¿Por qué no viven aquí contigo?

—Escucha, hijo —le contestó el duende con solemnidad—. Escúchame. Mis hijas son las artistas encargadas del color en la Tierra de las Hadas. Les enseñé a pintar aquí en el Arco Iris. Ahora pintan todas las flores y los árboles y todo lo verde que crece. Esa es la razón de que vivan en la Tierra de las Flores. Sin embargo, a veces me vienen a visitar y por supuesto tienen que regresar al Arco



Cada una llevaba un tallo largo de diente de león con una cabeza de brocha.

Iris para recoger pintura.

En ese preciso momento Pompilio escuchó un suave zumbido de alas, levantó la vista y vio que hacia él venían las delicadas hadas del Arco Iris. Las acompañaba la reina de las hadas sentada sobre su mariposa dorada dirigiendo su brillante séquito de mariposas. Pompilio se alegró mucho de ver a las hermosas hadas otra vez. Todas saludaron a Pompilio y al pequeño duende con afecto.

Pero las hadas parecían tener mucho afán. Cada una cargaba un tallo de diente de león. Cada tallo tenía una punta con hebras como de pincel. Una a una subieron al arco iris, mojaron la brocha de diente de león en colores brillantes y en un segundo regresaron a la Tierra de las Flores. La reina hada le contó a Pompilio de unas violetas y botones de oro nuevos, girasoles bamboleantes y campos de hierba tierna a la espera de que las hadas del Arco Iris los pintaran. Entonces se despidió de Pompilio una vez más y agitando su mano para decir adiós al duende, se montó sobre su brillante corcel y se alejó volando hacia el dorado



sol.

Pompilio la miraba alejarse cuando el anciano rey Eolo llegó resoplando desde atrás del cofre de plata que había estado examinando.

—Llegó la hora de irme otra vez —dijo—. El viejo Eolo no puede quedarse por mucho tiempo en un lugar, lo sabes. ¡Ven, Pompilio, te voy a poner en el camino a casa!

—Esperen, esperen —gritó el duende—, antes de que te vayas, lleva lo que gustes del tesoro. Es el premio por llegar al final de Arco Iris y tú lo lograste, Pompilio.

Como siempre, Pompilio no podía alcanzar nada a

través de la burbuja y a pesar de lo mucho que detestaba tener que dejar las monedas brillantes y las fastuosas piedras, no podía hacer nada. De todos modos estaba a punto de agradecerle al duende por su generosidad, cuando el duende dijo: —La próxima vez que veas las gotas de lluvia, cava en el patio de atrás. Ellas son mis mensajeras, enviaré el oro con ellas.

Entonces Pompilio le agradeció al duende la promesa y se despidió. El viejo rey Eolo infló sus mejillas y con un enorme soplo puso a girar la burbuja, que se abalanzó cada vez más rápido por el espacio. Ensimismado en la velocidad y pensando sobre el oro que el duende le había prometido, Pompilio nunca se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor hasta que escuchó una voz grosera que gritaba:

—¡Fuera de mi camino! ¡Fuera de mi camino! ¡Fuera de mi camino!

Imagínense la sorpresa cuando vio que hacia él venía



El Expreso Cometa cayó sobre Pompilio...

la persona más extraordinaria: toda cabeza y nada de cuerpo; aunque la primera impresión que daba era que la larga barba rojiza que iba hasta atrás tomaba el lugar del cuerpo. Pero, ciertamente, no era un caballero en ningún sentido de la palabra. Su mirada era perversa y a medida que gritaba señalaba con una de sus enorme orejas.

—¡Fuera de mi camino! ¡Fuera de mi camino! ¡Fuera de mi camino! —repetía con todas sus fuerzas.

Ahora Pompilio no podía ver ningún camino, y por supuesto, aunque hubiera visto alguno no hubiera podido apartarse por sus propios medios. El extraño personaje se abalanzaba como si fuera un carro de bomberos. Las cosas no pintaban muy bien.

«Es como esos gansos tontos —pensó Pompilio—. ¡La gente aquí arriba en el cielo le está diciendo siempre a los otros que se quiten del camino!».

En ese momento el aire se llenó de un terrible ruido de ajetreo y el tipo raro gritaba más y más fuerte que

nunca: —!Abran paso, abran paso allá que viene el Expreso Cometa!

«!Qué cosas! —pensó Pompilio—. ¡Expreso Cometa! ¿Por qué, no puede detenerse? Los expresos nunca se detienen. Yo tampoco puedo. ¡Le voy a hacer señas!».

Agarró la corbata roja y quitándosela del cuello la movió una y otra vez alrededor de su cabeza. Demasiado tarde: el Expreso Cometa todavía venía en picada como un loco.

—¡Oiga! —gritó Pompilio—. ¿No ve las señas? ¡Peligro! ¡Peligro! ¡Se lo dije! ¡Nos vamos a estrellar!

Pompilio se puso cada vez más nervioso mientras veía la cabeza, la sonrisita y la gran barba colorada que se venían encima. Cuando pasó por la Vía Láctea, un rebaño de cabras salió disparado por el camino y una manada de vacas dieron coces y corrieron al rincón más apartado de sus pastizales rosados. Y sólo en ese momento, con una temeraria bajada en picada, el Expreso Cometa le dio una

vuelta a Pompilio y la maravillosa pompa.

¡Zumbidos! ¡Chasquidos! ¡Estruendos! Dando un giro y a toda velocidad, la precipitada cabeza le cayó encima, entonces:

¡Rotura! ¡Chispas! La pompa se reventó en una salpicadura de agua y luz. El hombre del Expreso Cometa volteó a mirar con una sonrisita malévola y Pompilio se precipitó hacia abajo, abajo, una y otra vez, abajo, abajo. Allá abajo estaba el inmenso, profundo mar. Hacia abajo, abajo siguió Pompilio. Tengan la seguridad de que no tenía el más mínimo chance de idear una forma de detenerse. A veces la cabeza estaba donde deberían estar los tobillos y a veces daba vueltas como un balero. Y lo que era aún peor, de vez en cuando, a medida que daba vueltas, podía ver el hombre del Expreso Cometa y esa cabeza horrible con la larga cola colorada chorreándose hacia atrás, moviendo las orejas y mostrando su sonrisita.

¡Caramba! Sin embargo, Pompilio habría dado

cualquier cosa por agarrar esa barba, esa cola colorada y darle uno o dos fuertes jalones.

Sin embargo, ya Pompilio tenía bastante con aguantar la respiración.

Hacia abajo, hacia abajo —caía— una y otra vez, abajo y abajo. Alcanzó a ver una vez más las serpenteantes orejas, hasta que cayó al agua.

Pero para su sorpresa, no se detuvo. Continuó yendo hacia abajo, abajo, a través del suave verdor del agua. Bien adentro, hasta abajo se fue, al fondo del profundo mar.

«Bueno, de cualquier modo —pensó— ya terminó lo del Expreso Cometa».

No podía ver sino agua y más agua, y por supuesto se sentía completamente mojado. Entonces, en cuanto llegó al fondo, a Pompilio le esperaba otra sorpresa. Comenzó a subir tan rápido como había bajado y en un instante terminó sobre la superficie, lo llevaba con celeridad una ola

inmensa y espumosa que se precipitaba hacia las arenas de la orilla. Entonces llegó.

¡Pompilio apareció sentado en el jardín de su casa!

No le extrañaba que estuviera mojado. El tazón de las pompas estaba en el suelo y Pelusa, su mascota, acababa de desaparecer detrás de una matas de lila. El agua jabonosa formaba un charco frío. Pompilio estaba empapado y feliz.

Una luna enorme, redonda y brillante que le recordaba el Expreso Cometa parecía mirarlo y reírse de él.

El jardín estaba muy silencioso. Mirando alrededor, Pompilio descubrió una pequeña cabeza crespa que se le acercaba.

«¡La brocha de una hada de la pintura! !Haaa!» pensó Pompilio y se abalanzó para arrancar una brizna de hierba.

—Porque doy fe —dijo—, el nuevo brotecito que apenas acaba de salir de la tierra no tiene ningún color.

¡Imaginemos toda la hierba que han pintado aquí mismo en el patio! De verdad que las hadas de Arco Iris tienen cantidad de trabajo.

A medida que Pompilio se levantaba, Pelusa llegó dando saltos. Saltó encima de su pequeño amo con la alegría de quien no ha visto a alguien por días y semanas. Por un momento Pompilio sintió que en realidad había estado en un largo, largo viaje. Entonces le dio un vistazo al pequeño charco jabonoso que tenía tras de sí.

—Señor Pelusa —le dijo, arrugando el entrecejo, simulando que estaba muy furioso. —¡Mira lo que has hecho y mira mi ropa! ¡Pero por todos los cielos! —añadió, agarrando las patas de Pelusa—. Si el sueño hubiera sido verdad ese mar me habría salvado la vida. ¡Si hubiera aterrizado en la tierra cuando el hombre del Expreso Cometa me golpeó, no te podría contar lo que me hubiera sucedido!

En ese preciso momento lo volvieron a llamar para que fuera a tomar la leche con galletas.

—Vamos, Pelusa —gritó Pompilio, dirigiéndose a la casa—. Vamos, ¡Aquí también podemos tomar leche, aunque no sea la Vía Láctea!

FIN